



# Miel y Canela

**Berta Carmona Fernández**

**J**osefa era una chica hermosa de cabello negro y piel oscura que mantenía –a pesar de haber sufrido una guerra, que le arrebató la madre y la infancia– unos ojos brillantes y penetrantes que provocaban una atracción irresistible. Pero, perfectamente consciente de las reacciones que causaba, y habiendo construido un refugio en su mundo interior, la joven fue volviéndose cada vez más tímida, y aprendió a bajar la cabeza para nunca sostener la mirada.



---

Cuando Josefa apenas había cumplido dieciocho años, conoció en su pueblo –uno más de los devastados en Andalucía durante la posguerra española– a Ibrahín, un joven árabe que quedó prendado de su belleza y candidez. Apuesto, maduro –casi le duplicaba la edad–, viajero, y con un gran bagaje a sus espaldas, sorprendía en él una profunda introversión que le impedía, al igual que a Josefa, fijar los ojos directamente en la persona con quien hablaba. Quizá fue esto lo que hizo que la muchacha, poco a poco, fuera sintiéndose cómoda a su lado, y comenzara a mirarle la mirada, en la que descubrió un exótico mundo que solo conocía a través de las historias que le había contado su abuelo. Y fueron tantos los paseos, y tan intensas las confidencias que intercambiaron, que Ibrahín conquistó el corazón de Josefa, con tanta fuerza que la muchacha decidió acompañarle a su país, dejando atrás la familia y los rígidos preceptos religiosos del pueblo en el que se había criado.

Pronto, la chica descubriría que tras aquellos ojos tímidos de los que se había enamorado, se escondía un prestigioso hombre de negocios, de gran influencia en su país, que incluso mantenía una relación cercana y amistosa con la familia real. Y fue así como la joven andaluza se adentró en un mundo y cultura tan lejanos a una muchacha, de origen humilde, nacida en España en la segunda década del siglo XX, y conoció todo tipo de lujos: perfumes obtenidos con las más exóticas esencias, sabores desconocidos de manjares prohibitivos, sedas y otros tejidos lustrosos, vergeles y jardines de vegetación exuberante... Y además, y lo más importante, Ibrahín era un buen hombre que nunca olvidaba a los más necesitados y que se desvivía por hacer inmensamente feliz a la mujer con quien deseaba pasar el resto de su vida.

De esta forma vivió Josefa sus diez primeros años de matrimonio, hasta que aquel paraíso terrenal se derrumbó con la repentina muerte de su amado esposo.

La joven viuda creyó enloquecer y lloró durante veinte días y veintiún noches, en los que no se levantó, ni comió, ni apenas bebía para mantener la vida, hasta la mañana en que su corazón, amenazado de muerte, exclamó, con un dolor desgarrado, un grito tan fuerte y clamoroso que no pudo desoír.

Y así, de forma determinante, de un día para otro, dejó atrás una década de la vida más deseable que jamás imaginó, abandonó todas las comodidades que había poseído y las amistades que había encontrado, y decidió, cabeza en alto, mirar fijamente a la vida.

---

---

Josefa regresó a su pueblo el 23 de octubre de 1950. Al principio nadie la reconoció, pues tanto llanto y desaliento habían empequeñecido sus ojos, en los que apenas se conservaba un ápice de su intensidad y brillantez. Su padre había fallecido y la mujer con quien se había casado cuando ella apenas tenía once años le cerró las puertas en las narices. Así lo hicieron otros vecinos y antes amigos, que la tildaban de “hereje” por haber abandonado su religión y patria. Además, la joven viuda, aunque ya no era tan bella, despertaba una gran envidia por sus rectos modales, hermosos trajes y suaves perfumes, herencia de la gran fortuna de su marido.

Más hundida aún en su infortunio, Josefa se sintió un ser desgraciado y se encerró en una habitación de la única pensión del pueblo, llorando de nuevo durante veinte días y veintiún noches, en los que no se levantó, ni comió, ni apenas bebía para mantener la vida, hasta que su corazón, de nuevo temiendo la muerte, le insufló una poderosa energía que le permitió volver a mirar la vida de frente, con un claro objetivo, que le ayudaría a expiar cualquier culpa que hubiera podido cometer.

Así, Josefa utilizó esta fuerza misteriosa para saltar desde el negro pozo donde se encontraba y afanarse en buscar una casa donde habitar y poner en marcha su plan. No dudó al ver aquel gran caserío. Pronto encontró y contrató una cuadrilla de albañiles para las reformas. Trabajó con gran congoja durante escasos dos meses y, a mediados de diciembre, las paredes de su nueva propiedad empezaron a rezumar efluvios de miel y canela.

El día 20 de diciembre del año 1950, ante el asombro de todos sus vecinos, Josefa abrió las puertas de su hogar ofreciendo gratuitamente una extraña e informe masa marrón, que cambiaría la vida del pueblo para siempre.

Pero aquel día, tal y como Josefa había previsto, sus vecinos reaccionaron con el más absoluto recelo. Nadie osó a atravesar aquellas imponentes puertas del gran caserío. Sin embargo, multitud de curiosos se congregaron, a lo lejos, para atisbar algo de la radical remodelación que había llevado a cabo, en tan poco tiempo, sobre una construcción que permanecía abandonada desde hacía décadas.

Afortunadamente su plan contemplaba la paciencia y confiaba en que el intenso olor a canela y especias fuera atravesando puertas y ventanas,

---

---

inundando las calles, llegando, inevitablemente, a conquistar incluso los más torpes olfatos.

Y según sus previsiones, ocurrió que al día siguiente, tímidamente, empezaron a llegar niños, vergonzosos e inocentes, enviados por sus padres, para que averiguaran lo que allí dentro se estaba cocinando.

Las criaturas tardaban bastante en salir, pero lo hacían con una sonrisa enorme, con la boca y las manos manchadas por una sustancia pringosa, y gritando entusiasmados que aquel dulce que les había dado la mujer morena era lo más exquisito que jamás habían probado.

Como los días pasaban y los adultos, a pesar de las maravillas que hablaban los niños, se resistían a acercarse a Josefa, la ahora decidida mujer optó por preparar paquetitos para que los pequeños hicieran llegar a sus familias.

Aún había mucha hambre y una gran carencia de alimentos en la España de la época y pocos pudieron resistirse a probar, sin dar nada a cambio, ese extraño alimento que tan delicioso aroma desprendía.

La fama del novedoso dulce se disparó velozmente y pronto empezaron a acercarse al caserío de Josefa vecinos de pueblos cercanos. La joven, que no daba abasto con el trabajo que se le acumulaba, hizo correr la voz de que necesitaba una decena de empleados. Al día siguiente, fueron muchos los que vencieron su orgullo y se acercaron a ella para mostrar su disposición.

Había pasado más de un mes y cada día, a las nueve de la mañana, las puertas se abrían con un mostrador repleto de dulces que, quienes por allí se acercaban, podían degustar de forma totalmente gratuita. Todos, desconociendo cuál había sido la suerte de la mujer a quien tan mal habían acogido, se preguntaban cómo se podía sostener tal empresa.

No tardaron en aparecer los efectos milagrosos. Ancianos postrados en la cama desde hacía tiempo recuperaban la movilidad de sus articulaciones; los niños, desnutridos y enclenques, empezaban a engordar; muchos matrimonios recuperaban la pasión perdida; todos en general tenían un aspecto más saludable; y, como consecuencia, aquella felicidad atrapada bajo los escombros de una terrible guerra, empezaba a asomar en las vidas de muchos vecinos.

---

---

Josefa sintió cambiar de nuevo su destino cuando empezó a recibir cada día cientos de visitas que tenían por objeto expresarle el más sincero agradecimiento por lo que estaba haciendo por el pueblo. También acudían muchos interesados a preguntarle sobre el secreto curativo del milagroso alimento en el que estaban empezando a creer como en una poción mágica. Ante tan grata aceptación, decidió convocar una reunión en la que explicaría las verdaderas causas de lo que estaban experimentando.

La asistencia a la cita superó cualquier previsión. Padres, abuelos, bebés, adolescentes, todo el pueblo acudió a la convocatoria de Josefa, que aprovechó tal ocasión para explicarles muy brevemente las razones que le habían hecho regresar, cómo decidió usar el patrimonio que había heredado tras el fallecimiento de aquel joven extranjero que muchos conocieron, y cómo fue ese objetivo el que le hizo recuperar las fuerzas para no dejarse morir... Escuchando sus palabras, todos se arrepintieron de haberla juzgado tan negativamente y admiraron la fuerza y valentía que había desarrollado para superar una tragedia tan brusca y repentina.

Asimismo, les convenció de que no había ningún milagro. Aquel producto era un preciado dulce al que se le reconocían excepcionales propiedades, dada su fabricación con una mezcla de ingredientes muy beneficiosos para la salud (harina, especias, azúcar y miel) cuya carestía podía provocar ciertas dolencias que ahora se estaban recuperando. Su aporte de vitaminas y minerales era de vital importancia para el organismo y, por tanto, para contribuir al desarrollo positivo de las mentes.

Tras aquella reunión, muchas mujeres rogaron a Josefa que les enseñara a cocinar el milagroso alimento, como todos le llamaban. Fue el momento en que se empezó a forjar la idea de lo que más tarde sería una “escuela de formación”, también ubicada en el caserío.

Además, como progresivamente aumentaban las caravanas que llegaban de multitud de pueblos y ciudades, buscando el preciado manjar, Josefa convirtió su vivienda en un inmenso obrador, en el que cada vez trabajaban más y más vecinos, constituyéndose una industria que aumentó notablemente la economía de la localidad. También adaptó un sector de la casa para comedor benéfico, donde ofrecía alimentos gratuitos de todo tipo a los más necesitados.

---

---

Josefa había decidido consagrar su vida a aquel pueblo, no solo dándoles a conocer “el milagroso alimento”, sino también creando puestos de trabajo y levantando una industria. Así supo ganarse la confianza y la admiración de todos sus paisanos, quienes valoraban la fortaleza de una mujer que, en una época y cultura predominantemente machista, había conseguido todos aquellos logros por sí misma.

Y así fue como Josefa hizo de la tragedia de su vida una gran oportunidad para fortalecerse y perdió la timidez para sostenerle valientemente la mirada a la vida, encontrando una ilusión a la que agarrarse todas las mañanas.

Según la tradición, para conmemorar el primer día de apertura del bautizado “Comedor benéfico Ibrahín”, aquel famoso veinte de diciembre, las mujeres elaboran “pestiños” (llamados así por ser una masa sin forma concreta, que se hacía con prisas y sin cuidado estético) para regalar a sus seres queridos, como símbolo de los mejores deseos de salud para ellos.

Cuenta una leyenda que Josefa murió a los 103 años con un espectacular brillo en la mirada, aún más fuerte que el que a todos impactaba en su primera juventud. Aunque se desconoce si la causa fue la vida tan solidaria que le reportó infinitas satisfacciones, o la cercanía de su encuentro con el hombre al que no dejó de amar ni uno solo de sus días.

---